Usos sociales

del agua de Atlixco, 1880-1990

Las aguas de Atlixco. Estado, haciendas, fábricas y pueblos, 1880-1990*

Este libro busca la comprensión de la historia a través del análisis de los procesos históricos relacionados con el agua. El texto que ahora reseño forma parte de una valiosa colección titulada Biblioteca del Agua en la que investigadores analizan procesos que tienen que ver con los usos sociales del agua en México en los siglos XIX y XX particularmente. El texto de Rocío Castañeda se ocupa de estudiar los cambios y continuidades en el uso del agua de los ríos Cantarranas y Nexapa ubicados en la parte occidental del estado de Puebla entre 1880-1920. Estos cambios y usos se vinculan con la presencia de nuevos actores que pretenden el uso del agua y que entran en competencia por el recurso con los agricultores de la zona. Estos nuevos actores son las fábricas de textiles, que en la zona eran pieza fundamental

del desarrollo económico de Puebla. El valle de Atlixco en la época colonial se había caracterizado por su importante producción de trigo, la que servía para abastecer a la ciudad de México, un mercado de gran consideración, de ahí la presencia de haciendas de gran importancia económica. Sin duda, es un texto que, como la autora lo señala, aborda el ámbito hidráulico el que define como "todo lo relacionado con los usos sociales del agua: su organización, administración, tecnología, autoridad y competencia en torno al uso de ese recurso". No obstante, considero que lejos de tratarse sólo de una mera historia hidráulica, la autora trata temas muy vinculados con el fortalecimiento y la debilidad del Estado mexicano, las diversas respuestas generadas por los actores, así como la expansión económica en función de las medidas adoptadas por el gobierno federal. Esta obra además cuenta con un análisis fino y detallado de la organización, los conflictos y los diversos acuerdos a los que se enfrentaron los actores (pueblos, fábricas, ayuntamientos y gobierno federal) por el uso del agua.

La autora señala que su investigación partió de un documento en el que se hacía referencia a un repartimiento del siglo XVI de las aguas del río

* Reseña crítica del libro:
Castañeda González, Rocío, 2006, *Las aguas de Atlixco. Estado, haciendas, fábricas y pueblos, 1880-1990*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de México/Comisión Nacional del Agua/Archivo Histórico del Agua, México.

Gloria Camacho Pichardo
Universidad Autónoma del Estado de México
<https://doi.org/10.24275/PCCT6070>

Cantarranas. Este documento es retomado por los usuarios de las aguas del citado río ya para finales del siglo XIX. La autora demuestra que el antiguo orden no fue sustituido por otro durante el porfiriato, más bien lo que observa es un incremento en la competencia y una fuerte presión sobre los sistemas de distribución. Este trabajo habla también de la permanencia en los mecanismos tradicionales para abordar los conflictos y en la continuación de hacer uso de los repartimientos coloniales, de los cuales dice que, a pesar de que en la práctica sufrieron algunas modificaciones, sirvieron de referente para hacer valer los derechos antiguos. Así, la competencia por el agua debía llevarse a cabo bajo ciertos lineamientos que asignaban a los antiguos ribereños (agricultores) capacidad de negociación frente a los nuevos usuarios (empresarios textiles). En este sentido, el libro de Castañeda González cumple con el objetivo de analizar cómo se incrementó la competencia por el agua y cómo se desactivaron algunos conflictos por la capacidad que demostraron los actores de establecer acuerdos que permitieron la continuidad en el funcionamiento del sistema de distribución hasta 1920, sin que los conflictos provocaran una ruptura social que se vinculara con el movimiento de revolución mexicana.

Un aporte a la historiografía sobre los usos sociales del agua durante el periodo porfiriano es que no coincide con las afirmaciones de que antes de que llegara la modernización tecnológica existía “una convivencia idílica entre los actores que usaban el agua” y una vez que entró la modernización se presentó la ruptura. La autora indica que su trabajo le permitió constatar que los cambios

ocurridos tras la llegada de la nueva tecnología “se inscriben dentro de sistemas de distribución” que ya sufrían transformaciones desde el periodo colonial. Efectivamente hubo cambios en los usos del agua en la zona de estudio a finales del siglo XIX por la instalación de las fábricas textiles o el trasvase de las aguas del río Atoyac al río Nexapa pero sólo intensificaron el grado de contradicción del funcionamiento de los sistemas de distribución, no alteraron “la esencia de su operatividad”. La autora propone para su zona de estudio que no fue la modernización la que puso fin a una antigua tradición de reparto de agua, sino más bien fue la reforma agraria y los intentos posteriores de las autoridades federales por centralizar el control del agua y la organización de los usuarios, es decir, que el estudio de Castañeda González hace referencia a la debilidad del gobierno federal en cuestiones de agua entre 1880 y 1920. La autora entiende por modernización: la llegada de fábricas, plantas hidroeléctricas, introducción del ferrocarril y mejoras en la agricultura.

El libro se divide en siete capítulos: “Atlixco hacia la década de 1870”; “El ciclo del cultivo del trigo y el control del agua”; “El cambio en la economía local”; “Una idea frustrada: el proyecto de Sebastián B. de Mier”; “El Cantarranas y los conflictos entre los antiguos ribereños”; “El alto Cantarranas: entre Metepec” y “Díaz Rubín y las haciendas del bajo Cantarranas”, todos ellos bien estructurados y vinculados. No expongo todos los capítulos, sólo haré énfasis del conjunto. Cabe hacer una mención del primero porque puede ser un modelo a seguir sobre cómo analizar el espacio geográfico, cuáles son las características que

favorecen o perjudican una determinada producción, en este caso el trigo. La población y el ferrocarril son temas centrales en este análisis. Además de las acciones que aplican ciertos sectores sociales para hacer más óptimas otras actividades productivas. En todo este proceso el cultivo del trigo dejó de ser el eje que organizaba el uso del agua en la zona de estudio y tuvo que compartir ese papel con la actividad industrial y con otros cultivos. No obstante como ya se señaló, los acuerdos y las negociaciones permitieron que los conflictos por el agua que se desataron entre los diversos actores haciendas, pueblos y fábricas no ocasionaran una ruptura total con el sistema tradicional de distribución, sin que con ello se diga que no hubo modificaciones, por ejemplo cambiar el conjunto de las obras hidráulicas de los sistemas de riego de los ríos Nexapa y Cantarranas. Subsistió el ordenamiento legal que amparaba a los antiguos ribereños y la forma descentralizada con la que se administraba y vigilaba la distribución del agua. Por tal motivo Castañeda González deja

en claro que la intervención del gobierno federal en el recurso hídrico que inició con la ley de 1888 tuvo que esperar en el valle de Atlixco. Fueron entonces las autoridades tradicionales, la jefatura política y el ayuntamiento como mediadores, y las autoridades judiciales las que resolvieron los conflictos.

Finalmente, este trabajo es el resultado de una minuciosa y rigurosa investigación histórica que cuenta con un considerable y exhaustivo aparato crítico, material que la autora trabajó con claridad de análisis sobre los problemas relacionados con el agua; pero además es una investigación que propone líneas de investigación que no sólo refieran a una historia hidráulica, al contrario, propone estudios que tienen que ver con procesos históricos más complejos como sería, en este caso, la Revolución Mexicana y la reforma agraria. Además de cómo asumen los proyectos emanados del Estado los sectores – por decir– subalternos, como serían los pueblos y ayuntamientos.